

CAPITULO X.

La Española.



EL 24 de Noviembre dobló de nuevo el cabo de Cuba y se detuvo en un puerto formado por la desembocadura de un rio al que dió el nombre de Santa Catalina.

Aquel rio se deslizaba entre fértiles prados, y las montañas que le rodeaban estaban pobladas de árboles entre los que descubrió altos pinos que podian servir de mástiles á las grandes embarcaciones y robustas encinas.

Los marineros que se arrojaron al agua encontraron en el fondo del rio algunas piedras con venas de oro.

Algunos dias más empleó Colon en costear la isla, y en uno de ellos halló un cómodo puerto, al que dió el nombre de Puerto Santo.

La descripcion que de él hizo en sus cartas es una prueba más de la emocion que producía en su alma el sublime espectáculo de la naturaleza.

«La amenidad del rio, dice, la claridad del agua, en la cual se veía hasta la arena del fondo y multitud de palmas de varias formas, las más altas y hermosas que he hallado, y otros infinitos árboles altos y verdes; el armonioso canto de sus aves, el verdor de sus campiñas, serenísimos señores, hacen que este país sobrepuje en lo ameno, deleitoso y pintoresco, á todos los demas países del mundo conocido, como el dia en

luz á la noche, por lo cual solia yo decir muchas veces que, por mucho que me esforzase á dar entera relacion de él á vuestras altezas, no podria mi lengua decir toda la verdad, ni mi pluma escribirla; y cierto que yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura, que es superior á todo encarecimiento.»

El 5 de Diciembre llegó Colon al término oriental de Cuba, experimentando grandes dudas al llegar allí acerca del camino que debía tomar.

Hácia el Sudoeste descubrió una inmensa sombra formada por una gran extension de tierra surcada de montañas.

Los indios pronunciaron muchas veces al verla la palabra *Bohio*, y Colon tradujo que el país que descubria era abundante en oro.

Apénas vieron los indios que se dirigia hácia allí manifestaron el mayor terror, y cayendo á los piés del almirante, parecian pedirle que se detuviera, dando á entender que los habitantes de aquellas tierras eran en extremo crueles, y devoraban á los prisioneros.

Aquella isla era la isla de Haiti.

Si no la hubiera descubierto y hubiera continuado su camino, hubiera hallado el continente; pero el archipiélago americano, seduciéndole al llevarle á aquella isla, parecia separarle de expofeso del punto que buscaba, y del que tan cerca habia llegado á estar.

El fantasma del Asia que le habia conducido al borde de la América, se interpuso entre la América y él para hacerle seguir una quimera y apartarle de la realidad.

Al pronto los habitantes de la isla huían al ver aproximarse á sus orillas las embarcaciones europeas.

Colon, que deseaba establecer relaciones con los indios, mandó seis hombres á explorar el terreno, y cuando volvieron dijeron que habian hallado chozas y restos de hogueras, que demostraban estar poblados aquellos alrededores.

Pero los habitantes se habian refugiado despavoridos en las montañas.

El 12 de Diciembre, con gran solemnidad, colocó Colon una cruz á la entrada del puerto, para tomar posesion de la isla; algunos marineros en los botes la costearon un poco, y vieron muchos indígenas que al notar que se acercaban se dispensaron.

Los marineros atracaron el bote, y pisando tierra comenzaron á correr detrás de los indios.

Solo pudieron apoderarse de una jóven india, la cual condujeron al bote, y la llevaron como presea de su triunfo en presencia del almirante.

La jóven iba completamente desnuda, indicio de que la civilizacion no habia penetrado en aquellas tierras.

Pero llevaba un adorno de oro como no lo habian visto en ninguna otra de las de su raza, que ellos se habian dejado atrás, y esto les hizo concebir nuevas esperanzas de hallar el metal que tanto ambicionaban.

Aquella pobre jóven estaba amedrentada.

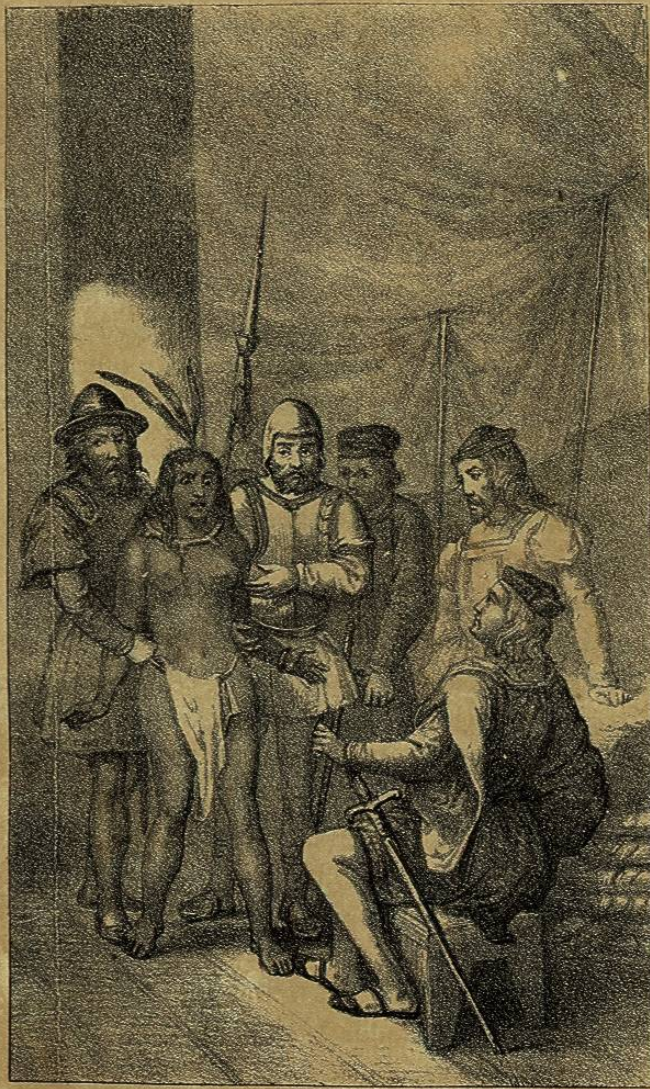
Colon no tardó en disipar su miedo.

Mandó que la vistiesen, la ofreció cuentas, anillos de bronce, cascabeles y otra porcion de objetos análogos, y despues de agasajarla de este modo, hizo que la llevaran á tierra acompañada de algunos marineros y de dos intérpretes indios.

Sin saberlo, conquistó Colon á todos los habitantes de la isla con los obsequios que habia hecho á la jóven.

Mostróse tan satisfecha con los dones que habia recibido, y con el bondadoso trato de Colon, que parecia sentir separarse de aquel hombre.

Los que fueron á acompañarla volvieron tarde, porque el lugar donde tenia su morada la india estaba algo léjos.



Y la llevaron como presea de su triunfo á presencia del Almirante

Al día siguiente mandó Colon nueve hombres bien armados, con un indio para que les sirviera de intérprete, é internándose los europeos encontraron la poblacion á cosa de cinco leguas del Sudoeste, situada en un valle á la orilla del río.

En ella contaron hasta mil casas, pero todas abandonadas, porque sus moradores habian huido al ver que se acercaban.

El intérprete indio apaciguó su miedo; dijóles que los extranjeros llegaban de la mansion celeste y recorrían la India brindando preciosos regalos.

Esto tranquilizó á los indios, y aunque con lentitud, se atrevieron á acercarse á los españoles; pero siempre con el mayor respeto.

No tardaron en llegar nuevos indios, y al frente de ellos el esposo de la india que la tarde anterior habia estado á bordo de la *Santa María*.

Sus compatriotas le llevaban en triunfo sobre sus hombros, y manifestó á los europeos la inmensa gratitud que sentia por la bondad con que habia sido tratada su compañera, y los agasajos de que habia sido objeto.

Con los enviados de Colon regresaron á la playa, y cada cual llevó su ofrenda al almirante.

Las mejores relaciones se establecieron entre ellos, y lo único que parecían sentir Colon y su gente, era no haber hallado ni indicios siquiera de las riquezas que soñaban encontrar en la isla.

Y sin embargo, la verdadera felicidad existia en ella.

Aquella tierra nueva, risueña, fecunda, inmensa, cubierta por una atmósfera de cristal y bañada por un mar cuyas ondas exhalaban deliciosos perfumes, se le figuró que era la isla maravillosa separada del continente de las Indias, que buscaba desde el principio de su peregrinacion á costa de tantos riesgos, dándola el quimérico nombre de isla de Cipango.

Pero sus cimas se elevaban sobre valles fantásticos, y sus faldas caían formando anchos y verdes prados.

A juzgar por el movimiento que se notaba en su costa, debía tener una gran población.

Dejando el puerto de San Nicolás, se inclinaron hacia el Norte de la isla, costeáronla, y descubrieron un fértil y anchuroso valle que corría hacia el interior, encerrado entre dos montañas.

Permanecieron detenidos en un puerto, al que dieron el nombre de la Concepción, durante algunos días, y al dedicarse á pescar, encontraron especies de pescados de los que no conocían en España.

No les era tampoco desconocido el canto de los pájaros que revoloteaban en torno de los mástiles de las embarcaciones, ó que se posaban en las arboledas que había en la misma orilla del mar.

Una y otra cosa, recordándole su querida patria, inspiró á Colon el pensamiento de dar á aquella isla el nombre de isla Española.

Apénas descubrieron las embarcaciones, los naturales del país, sencillos, cariñosos, hospitalarios, cándidos y respetuosos, acudieron en tropel á la orilla considerando á los europeos como criaturas de una naturaleza superior, y que un designio celeste les enviaba desde los límites del firmamento para ser adorados por ellos como si fueran dioses.

Una población numerosa y feliz cubría entonces las llanuras y los valles de Haití.

Los hombres y las mujeres eran tipo de fuerza y de gracia.

La paz perpétua que reinaba entre ellos daba á su fisonomía una expresión admirable de dulzura y de bondad.

Sus leyes eran los instintos benévolos de su corazón, que se conservaban en sus tradiciones y en sus costumbres.

Parecía un pueblo en la infancia, cuyos vicios no habían tenido aún tiempo de desarrollarse, siendo gobernado por la inspiración de su inocencia.

Tenían, sin embargo, rudimentos de agricultura, de horticultura y de arte, y poseían los medios de atender á las primeras necesidades de la vida.

Los campos estaban admirablemente cultivados.

Sus elegantes moradas formaban aldeas en medio de las selvas, y árboles cargados de fruta rodeaban los ríos ó los manantiales.

Sus trajes, más que para librarlos de la intemperie, para servirles de adorno, se componían de tejidos de algodón, trenzas de pluma y toneletes cortos.

Su gobierno era sencillo y natural como sus ideas.

Era la familia aumentada por la continuidad de generaciones, pero siempre agrupadas en torno de un jefe hereditario, al que llamaban el cacique.

Las costumbres, constituciones no escritas, pero inviolables como una ley divina, eran el consejo de estos reyes.

En éstos residía la autoridad paternal.

En sus vasallos el amor filial.

Los naturales de Cuba y de Guanahani que Colon había embarcado con él para que le sirvieran de guías y de intérpretes en aquellos mares, comprendían algo el lenguaje de los europeos, y éstos á su vez comprendían á medias el de los habitantes de la isla Española, á la que consideraban como una rama separada de la misma raza humana, razón por la cual no tardaron en establecerse relaciones de inteligencia entre Colon y el pueblo á que acababan de llegar.

Los pretendidos indios continuaban agasajando á los es-

pañoles con su pan de cazabe, sus sabrosas frutas, sus pescados, sus pájaros domesticados, las flores y plumas de bananos que poseían.

«La naturaleza, escribía Colon en sus Memorias, es en este país tan pródiga, que la propiedad no ha inspirado el sentimiento de la avaricia ni de la concupiscencia.

«Los hombres parecían vivir en una edad de oro, felices y tranquilos en medio de jardines sin límites, que no están separados los unos de los otros por muros ni por empalizadas.

«Consideran como un malvado al que se complace en hacer mal á otro; el horror de los buenos á los malos constituye toda su legislación.

«La religión está fundada en el sentimiento de inferioridad, de gratitud y de amor hácia el Sér invisible que les ha prodigado la vida y la ventura.»

¡Misterios de la Providencia!

Colon quiso llevar al Nuevo Mundo la virtud y la vida, y á pesar suyo solo sembró el exterminio y la muerte.

El 14 de Diciembre hizo Colon otra tentativa para buscar la isla de Babeque, pero vientos contrarios se opusieron á su voluntad.

Visitó, sin embargo, una isla que estaba enfrente de la Concepcion, tan abundante en tortugas, que la denominó isla de las Tortugas.

No era ménos bella que las que habia visto hasta entónces.

A uno de sus valles le bautizó con el nombre de Valle del Paraíso, y con el de Guadalquivir á uno de sus rios, en memoria del que tantas veces habia visto en Córdoba y Sevilla.

Habiendo huido al aproximarse los españoles los naturales de la isla que acababa de descubrir, renunció Colon á visitarla y regresó á la Española.

Poco despues de su llegada recibió la visita del jóven cacique de la isla, á quien ántes no habia podido cónocer, y á quien todos los suyos daban gran importancia.

Sus relaciones con Colon y la historia de este soberano son demasiado interesantes para que no las consagremos un capítulo aparte.